vario. Brotaron para descubrir leyes perdurables, leyes madres que produjeron y amamantaron las ciencias modernas; que abrieron á las luces, al ingenio y al trabajo, horizontes amplísimos y eternos; que trajeron en estado latente las prosperidades todas de que se ufanan el arte y la ciencia de los actuales tiempos y los futuros. La sabiduría cristiana de la Edad Media no se distingue por su extensión, sino por su profundidad á veces insondable, por su fecundidad

portentosa, por su trascendencia sin medida.

Alberto el Grande, el águila de Veughin, asombra por su saber, lo mismo á su época que á los biógrafos de los hombres ilustres. La historia se resiste á creerlo autor de todos los libros que llevan su nombre, y á pesar de haber vivido ochenta y siete años, no hay forma de explicarse la distribución de tiempo entre estudio y producción de obra tan vasta. La fama de su ciencia ha atravesado setecientos tres años, después de penetrar en todas las clases sociales y ser el tema de incontables anécdotas. Su sabiduría fué tanta, que se ha recurrido á la acción del milagro para explicarla. Bartolomé de Luncá, confesor de Santo Tomás de Aquino, asegura que durante una enfermedad apoplética del Gran Alberto, la virgen Maria se le apareció é interrogóle sobre cuál era la ciencia en que más deseaba brillar; y habiendo señalado el paciente la Filosofía, le fué prometido el dón del filósofo, en altísimo grado, si bien con la pena de embrutecer en los últimos años de su vida, por no haber elegido la Teología. El hecho se realizó, aunque para explicarlo bastará tener en cuenta los sesenta años de improbo trabajo que precedieron la estupefacció n de aquel pro digioso cerebro.

El aplicó por primera vez las ciencias naturales á la demostración de las verdades de la Teología; él descubrió ese mundo tan grande, tan rico, tan lleno de hermosuras, tan sorprendente por las constelaciones de su cielo, como el que descubrió Colón tras el abismo interminable del mar tene-

broso.

El levantó el púlpito europeo á cúspides que sólo había escalado el Crisóstomo; erigió en cátedra la plaza pública, [que hasta hoy lleva su nombre en París] para la difusión de las ciencias. "Ni la tierra ni el cielo tuvieron secretos para él," dice un gran historiador; y ni halló émulo en las ciencias naturales, ni tuvo en las divinas otro competidor que su discípulo y su amigo de toda su vida y de toda el alma, el admirable y angélico Tomás de Aquino.

¡Tomás de Aquino! ¡Ah Señores! con solo este nombre se ha henchido de gloria toda una Edad, se ha ennoblecido el cerebro humano, se ha esculpido en el pedestal de los siglos la línea del más alto nivel á que puede llegar la sabiduría del hombre. ¿Cómo pudiera yo en tan breve espacio hacer el panegírico, pasar la mirada por la eclíptica de ese sol de los cielos eternos? Si al recorrer el catálogo de la ciencia cristiana en la Edad Media tan sólo hablara á vosotros, sabios profesores, bastariame nombrar al gran Tomás, para que entendiérais que os hablaba del único astro sin Ocaso en los horizontes de la filosofía. Pero me dirijo también á vosotros, niños, que hoy abris la pupila del alma á los rayos de la sabiduría, y doráis vuestro espíritu, como las mariposas de las montañas á los primeros carmines de la aurora, y á vosotros tengo que deciros cuatro palabras acerca de aquel hombre incomparable: para que si un día oís á la incredulidad mostrarse ufana de sus sabios, sepáis replicarle que todos ellos caben juntos en la sombra que proyecta una mano de aquel coloso de la historia.

El reveló á las matemáticas, la física, la meteorología, especialmente á las ciencias del orden natural, relaciones, fenómenos y arcanos que trazaron para siempre el rumbo de la prosperidad en que hoy se miran. Nadie ha definido mejor la luz en óptica, ni la verdad en filosofía, ni definió mejor que él ninguno de los primeros principios. Su erudición, conser asombrosa, aparece pequeña ante el poder creador é intuitivo de ese genio que fué como el segundo Génesis de la Historia; de esa sabiduría que tuvo un solo rival y un superior en volumen, la santidad misma del angel de las Escuelas. Su cerebro, más que un organismo privilegiado, fué una fuerza de la naturaleza; su santidad y su saber formaron ese torrente de luz que, como la de los astros, baja del cielo. Artista y orador, pedagogo y poeta, que cantó los himnos sublimes de la Eucaristía, que hoy al través de seiscientos años aún resuena con frescura divina y ritmo de querubes todos los días en los santuarios de la tierra, no tuvieron ni el arte ni la ciencia cumbre que no escalara, ni el iris colores que negara á su pluma, ni el sol mares de luz en que no sumergiera, hasta profundidades infinitas, su ancha, refulgente y seráfica pupila. El Dante, acostumbrado á recorrer los cielos, le llamaba "el príncipe de los filósofos" cuando no contaba más que dieciocho años. Pero su obra incomparable, escrita para todos los siglos, aunque el globo alcance millones de años y cuente millones de teólogos, fué la Suma Teológica. Lejos de ser, como la ignorancia de ciertas escuelas empíricas lo piensan, un cúmulo de preceptos místicos, la Suma Teológica es el resultado de una gran harmonía de las fuerzas naturales para investigar la primera causa; una profunda inquisición de las relaciones filosóficas del hombre con el mundo incorpóreo; una prolija revelación, arrancada al misterio con el acero de la lógica y la filosofía, de las consecuencias de esa primera causa en el orden visible é invisible; es decir, el verdadero código de las leyes directivas del Universo con relación al plan divino, y desde el punto de vista de la metafísica, esa ciencia que hoy repudia el positivismo, porque no son capaces de remontarlo hasta ella sus raquíticas alas, fatigadas por el huracán del sofisma y el calor y la atracción del averno.

Llenaba de admiración al mundo sabio aquel hombre celeste; entraba apenas á los cuarenta y ocho años, cuando una mañana, el 7 de Marzo de 1274, el sol se miró eclipsado en el horizonte, porque en esos momentos el alma de Tomás volaba de la abadía de Fosse-Neuve á la inmensidad de los cielos, á la inmensidad infinita del seno del Altísimo.

Niños, en nombre de la ciencia os lo digo: venerad siempre la memoria de ese sabio, cuyo libro es el único que acompaña á la Biblia sobre la mesa presidencial de los concilios generales, y cuya filosofía es saludada con himnos de triunfo por todas las ciencias modernas. Y os lo digo en nombre de Dios, venerad á ese santo, el único á quien el divino Jesús dijo personalmente: "Bien has escrito de mí."

Brotaron entonces Rogerio Bacon, el gran comprendido y protegido del Papa Clemente IV, el insigne reformador de los métodos científicos que inició la filosofía experimental, desnaturalizada hoy por Spencer y su escuela, y dió al saber humano esplendorosos y nuevos caminos en sus tres monumentales obras: la "Opus Majus," "Opus Minus" y "Opus Tertium."

Vicente de Beauvais, el bibliotecario de San Luis, gloria de la orden dominicana, el más erudito enciclopedista de su época; Raymundo Lulle, poeta y trovador, misionero infatigable, químico, médico y matemático eminente y erudito famoso, la lista de cuyas obras ocupan veintiséis páginas en octavo; Juan Gutemberg, el que nació evocado por la gran frase de Dios: "Hágase la luz," y cumplió ese precepto sublime inventando la imprenta; Cristóbal Co-

lón, el vicario de Dios en la creación de este planeta, y Américo Vespucio, el nauta inmortal que dió su nombre á esta grande, riquísima y bellísima porción del universo.

Hé ahí, Señores, el catálogo de todos los sabios ilustres que formaron la constelación de la Edad Media, y que es á la vez un catálogo de santos, de monges que hicieron de la celda el doble santuario de la oración y la sabiduría, el nido del excelso condor, que tiene por alas la ciencia y la fe.

Cuando la Edad Moderna doró con sus albores los horizontes del mundo, la Iglesia había profundizado los cauces de la vida social y entrado resueltamente á las conquistas de las ciencias. Sus universidades y sus claustros habían alcanzado las mayores alturas, y constituídose en focos del saber y del arte. La orden dominicana había logrado esclarecido renombre de sabiduría, y ejercido las funciones doctorales que después la historia ha admirado en la Compañía de Jesús. La Edad Moderna encontró la Europa sabiamente preparada por el Cristianismo para la conquista de la naturaleza.

Por desgracia, Señores, la Reforma, que apareció en esos momentos, trastornando las doctrinas fundamentales, sublevando las conciencias, llevando la atención de los ingenios, las escuelas y los sabios hacia la polémica luterana, interponiendo inícuamente la cuestión social entre la Iglesia y las Academias, levantando una revolución de pasiones y por lo tanto un eclipse del entusiasmo científico, destruyó la paz, que es nodriza de la sabiduría, y atrasó por mucho tiempo la titánica obra intelectual de la Iglesia.

A pesar de esto, el impulso de la ciencia cristiana había sido tan poderoso, que su corriente, nacida en las alturas de la filosofía ortodoxa, trayendo la presión del Calvario y de quince siglos de prestigio, atravesó la Reforma sin mezclar con ella sus linfas, al modo que nuestro pujante y rubicundo Lerma atraviesa las aguas azules y diáfanas del lago jalisciense, y penetrando por un extremo, desemboca en el otro sin dejar una gota de su caudalosa corriente, como una franja de carmín en el pétalo cerúleo del lirio.

De esta manera no debió la Iglesia sus triunfos al hierro de los asesinos luteranos que asolaban las aldeas y saqueaban las ciudades en el Norte de Europa, sino á la santidadde sus doctrinas y al esplendor vivísimo de su cátedra. Así, mientras sus predicadores luchaban cuerpo á cuerpo con el error, sus sabios lucharon cuerpo á cuerpo con el arcano de la naturaleza. Gerónimo Cardan mostraba al mun-

do sus descubrimientos en medicina y matemáticas, y publicaba sus inmortales obras, "De Numerorum propietatibus liber;" "Practica Arithmeticæ generalis," "Computos minor;" "Ars Magna sive de regulis algebricis;" y "De Subtilitate;" descubre Bernardo Palissy el esmalte para las porcelanas, crea Jorge Agricola la metalurgía y minería científicas, florecientes, según Plinio, en España, en la época de los romanos, pero desaparecidas ya por completo de la ciencia europea; imprime Conrado Gesner á la Historia Natural impulso inmenso; descubre Andrés Vésale la Anatomía Científica; y saca Ambrosio Paré la cirugía de las prácticas del empirismo: y mientras el ilustre presbítero Nicolás Copérnico, descubre y fija para siempre el verdadero sistema del cielo, vislumbrado ya por las escuelas pitagóricas, Ticho Brahe preparaba los grandes descubrimientos de Keppler, y Vasco de Gama hallaba el camino marítimo de la India, la empresa naval más atrevida de la historia, porque no debemos contar la de Colón sino como una empresa del cielo.

He ahí, Señores, las más grandes figuras científicas del Renacimiento, iluminadas todas por la luz del Calvario, reputadas muchas de ellas por ejemplares de piedad acrisolada.

No os fatigaré, Señores, con la serie, de suyo prolija, quizá interminable, de los sabios que salieron de la Escuela cristiana, durante el siglo XVII, sabios que se llamaron Blas Pascal, Nicolás Lemery, Dominico Cassini, porque la lógica de mi discurso, de la historia y de las circunstancias, me llevan á hablaros de otro gran acontecimiento que ha llenado de sabios los liceos; de escuelas las ciudades y los campos; de libros insuperables las bibliotecas, y de Santos los cinco cielos del Apocalípsis, acontecimiento que trazó la vía láctea en el firmamento de la sabiduría, y que es histórica y racionalmente la mejor y más espléndida prueba de mi tesis. Os lo referiré en brevísimas palabras, puesto que os debe ser familiar.

Un patriota español, que más tarde sería el honor de su siglo, lustre de la Iglesia y terror y odio eterno de los enemigos personales de Cristo, caía herido por las balas francesas en el Castillo de Pamplona. La intuición de la historia y de la fe han penetrado en las meditaciones del herido en la casa de Loyola, y saben que ahí resolvió emprender la defensa de otra patria más noble y más grande, la patria de Jesús, que es la verdad, mediante la organización maravillosa de un ejército hasta entonces desconoci-

do. En 1537 el reino de Dios se llenó de alegría, como los campos de la Primavera á la salida del sol después de la Iluvia: era que fundaba San Ignacio, bajo la aprobación del Pontifice Paulo III, la ilustre Compañía de Jesús, que venía á reunir en una sola alma y un solo cuerpo, en una síntesis sublime, la predicación asombrosa de los domínicos de la Edad Media, la sabiduría privilegiada de los hijos de San Agustín, la santidad apostólica de la orden seráfica, la utilidad de los mercenarios, el dón de pureza de oración y de éxtasis de los hijos del Carmelo. Bandera de todos los progresos y de todas las contradicciones, ella ha presidido desde aquel día y desde lo alto de sus titánicas fortalezas, todas las victorias del cielo, y ha sufrido como un ariete de bronce todos los huracanes y las tormentas del averno. Su asiento ha sido un esquife; su enemigo, el abismo; su vida, una perpetua borrasca; su historia gloriosa quedó proféticamente anunciada en el lago de Genezaret.

Pero en medio de esa tormenta sin descanso, en medio del estruendo de los tumbos, del bramar de las olas y del centellear de los relámpagos, ha salido de ese esquife rutilante un torbellino de estrellas, que, volando por los espacios, han alumbrado todos los rincones del mundo científico.

Y al morir nuestro siglo, en el laberinto de tantas filosofías, tras el combate indescriptible, empeñado cual nunca, de la materia contra el espíritu, encuentra á esa institución gloriosa y á toda la ciencia cristiana en sus inexpugnables posiciones, con los estandartes desplegados, con sus armas relucientes é ilesas, y el sol de Josué reverberante y abrasador, detenido sobre sus ejércitos hasta que no termine la batalla.

De esta manera, la Historia y la humanidad han visto cumplido el grande y celestial programa anunciado en el Thabor: la ciencia y la fe resplandeciendo á los lados de Cristo, haciendo juntas el camino de diez y nueve siglos; dirigiéndose siempre al mismo punto como los ojos de la cara, fijando en un mismo, elevadísimo sitio las tiendas blancas de la virtud, la fe y la sabiduría.

No olvides nunca, ¡oh dichosa niñez! que hoy celebras á la sombra de la Cruz tus venturas escolares, las más hermosas y las únicas plenamente felices de la vida.

¡Oh niñez! ¡oh floración vigorosa y alegre de este huerto escogido por el Señor, que no se evaporen jamás de tus ebúrneos pétalos las gotas de rocío que ha llovido en ellos la ternura divina!